

ROSA CHACEL

Memorias de Leticia Valle

PRÓLOGO DE ANDREA JEFTANOVIC



℄

Editorial Comba

Memorias de Leticia Valle

Colección Narrativa

ROSA CHACEL

Memorias de Leticia Valle

PRÓLOGO DE ANDREA JEFTANOVIC



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Albertine, foto de Luc Kordas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Rosa Chacel, 1960, y Herederos de Rosa Chacel

© del prólogo: Andrea Jeftanovic, 2017

© foto de portada: Luc Kordas, cedida por Alamy Stock Photo

© Editorial Comba, 2017

c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis

08036 Barcelona

ISBN: 978-84-944938-8-1

Depósito Legal: B-8.573-2017

ÍNDICE

Prólogo: La pupila inaudita	9
<i>Memorias de Leticia Valle</i>	17

PRÓLOGO

La pupila inaudita

Memorias de Leticia Valle es una novela feroz, feroz por lo que omite, por lo que no dice; está llena de vacíos, de entrelíneas; está hecha de murmuraciones que el lector debe deletrear para sí, en voz baja o en voz alta, para comprender lo inaudito.

Rosa Chacel construye con maestría una novela a partir de los jirones de la memoria de una niña de once años, a punto de cumplir doce, en cuyo lapso de meses vivirá un acontecimiento lamentable que deviene en desgracia. Un descubrimiento trágico que la impulsa a escribir los pasajes de ese diario que estamos leyendo y que ella escribe desde Suiza, sacada a la fuerza por los tíos, que la alejan del escenario de la catástrofe. Desde ese momento, Leticia narra con la distancia temporal y geográfica que se necesita para repasar causalidades, conjeturar eventos, especular desenlaces. Entre el presente, en Suiza, y el pasado, en Simancas, se esboza el latido de una tensión hacia el pasado que anuncia un desenlace desorientador que hace ecos en un mundo contemporáneo repleto de violencias silenciadas.

Leticia narra, y nos narra a través de su cuaderno, una memoria a regañadientes alrededor de ese momento innombrable. Narra con su impronta rebelde y personal sabiendo que siempre irá en la dirección opuesta a las convenciones que la rodean: «Iré en otro sentido, hacia arriba o hacia abajo, me escaparé por donde pueda y no se darán cuenta.» Frente al mandato *olvida, borremos el pasado* ella necesita decantar los recuerdos: «Me verán todos los días con los pies quietos en el mismo sitio, pero no estaré aquí: iré hacia atrás, es lo único que puedo hacer.» Su fuga será interna, será un replegarse en su núcleo para comprender aquello que la supera.

Rosa Chacel pertenece a la generación del 27 y estuvo largamente exilada en Brasil y Argentina tras la Guerra Civil. *Memorias de Leticia Valle*, de 1945, se editó en el destierro, en Argentina, siendo la edición española muy posterior, de 1971. En su larga trayectoria fue una autora prolífica, erudita, que exploró varios géneros: novela (*La sinrazón*, *Teresa*, *Estación: ida y vuelta*), cuento (*Sobre el piélagos*, *Ofrenda a una virgen loca*), ensayo (*La confesión*, *Saturnal*) y poesía (*A la orilla de un pozo*, *Versos prohibidos*). Además, destaca la correspondencia con Ana María Moix, *De mar a mar*, publicada por Editorial Comba en 2015.

Leticia Valle tardó en llegar a mis manos. Fue cuando estudiaba un doctorado en Literatura Hispánica en la Universidad de California, Berkeley, y comenzaba a urdir mi obsesión sobre la figura de la infancia en la literatura. Una obsesión que he desarrollado en la ficción y en el ensayo, motivada por la maestría que requiere simular una voz infantil, construir un relato con ese saber a medias,

con un cuerpo en desarrollo y emociones ambivalentes. Una infancia que supera en tanto tema para funcionar como una lúcida propuesta ideológica y estética. Es que los niños son extrañas máquinas de percepción, criaturas que suscitan la mirada entre sorprendida y escandalizada de los adultos. Pese a todo esfuerzo de control y formación, consiguen inaugurar un territorio impenetrable e imposible de reproducir. La ficción desde la infancia, siempre una trampa, pasa a ser una máquina con función creadora, que despliega procesos de subjetivación y empuja el lenguaje y el imaginario a zonas insospechadas. *Memorias de Leticia Valle* es un ejemplo prodigioso de todo esto.

La novela cuenta la historia de una púber sin madre, con un padre que acaba de regresar mutilado de la guerra en Marruecos. Sus cuidados requieren de la tía Aurelia que los acompaña y cría a Leticia. Al poco andar los malestares del padre motivan la migración de la ciudad, Valladolid, al pueblo, Simancas. La vida de pueblo cambiará la dinámica familiar y abrirá otros horizontes a Leticia. En un punto se nos sugiere que en ese traslado geográfico ella pierde interés por lo letrado, lo civilizado, y se abre a descubrir su lado más salvaje. Ahí está la pasión por la música, por las caminatas al río, por conocer a las mujeres adultas, por el piano y más. Ella dice en un momento: «Empecé a tener la libertad que antes no había tenido.»

Es así que tras arruinar las clases particulares de lenguaje se encontrará con Luisa, que se convierte en algo así como una maestra, una madre sustituta y una amiga. Y luego a esta convivencia se sumará don Daniel, su esposo y el archivero del pueblo, para impartirle sesiones individuales en tanto que alumna aventajada. Todos los

días, tras la escuela, Leticia correrá a donde esta familia a pasar la tarde y a educarse.

Leticia es una niña incómoda en su niñez, para quien la infancia es una enfermedad de la que debe curarse. Mira con desprecio a sus pares, les crítica su falta de agudeza, su torpeza. Ella es una chica madura, precoz, atenta a las epifanías de su cuerpo y mente. Nota que su figura cambia, que resulta deseada por otros; escucha un «qué cinturita», se da cuenta de que su inteligencia es atractiva para los adultos. Se hace consciente de su poder, de lo que puede generar entre los otros. Pero ella va más allá, pues se arroja a un proceso hermenéutico para aprehender los recovecos del alma humana, en el que el verdadero aprendizaje oculta las lecciones artificiosas de la cultura escolar: «No recuerdo nada bueno de esos años, sólo la angustia de tener que aprender unas cosas para comprender otras.»

Por otra parte, Leticia se inserta en un enjambre de secretos familiares, crece escuchando murmuraciones de sus más cercanos, adivinando palabras omitidas, completando escenas que se describen a medias. Es una novela hecha de secretos que ni siquiera se desvelan a los lectores. Es más bien un código que debemos aceptar: «Un secreto terrible, que al mismo tiempo me enorgullecía, pero habría sido descubrir que yo no era niña.» A medida que crece y participa del mundo adulto se suman más y más secretos y cada vez más complejos: «Cuando el secreto está en su mundo y sabe que no tiene que salir de esas regiones secretas, no hay nada que lo detenga.»

Los vínculos maestro-pupila son tensos, ambivalentes. Se mezcla el aprendizaje, el estímulo, la jerarquía, la admiración. Muchas veces el maestro se convierte en el

primer amor platónico: «Llegué hasta casa sin poner los pies en el suelo. Alegría loca de que hubiesen terminado tan bien los acontecimientos, y una satisfacción, un saborear todo lo que había oído en sus más pequeños detalles.» La relación con don Daniel tendrá carácter competitivo y tensión emocional. Entre ellos desarrollan una lucha en la que miden las propias fuerzas y las del otro. Una lucha que se nos presenta a través de sugerentes gestos; por ejemplo, la primera vez que le toma fuerte el cabello; o cuando ella advierte miradas borrascosas; o la frase «te voy a matar» luego de su recital de poesía, que no debería pasar inadvertida.

Pero, sin duda, Leticia se ha erigido en un poder cuando dice «el silencio se transformó en mi puesto de observación». Ese puesto me recuerda el ensayo emblemático de la ensayista argentina Josefina Ludmer, *Las tretas del débil* (1984), que apunta a la escritura femenina y cómo ésta se filtra en los resquicios de lo dominante haciendo valer, precisamente, los recursos propios de su debilidad: «Decir que no se sabe, no saber decir, no decir que se sabe, saber sobre el no decir.» Nos hemos abocado a pensar la infancia en la literatura como una perspectiva y un espacio simbólico que se agota en la vulnerabilidad, pero en el arte los niños se han dotado de una mirada transformadora, una posibilidad de construir discursos político-sociales y poéticas escriturales que en este caso se tejen desde lo silente, lo omitido, cuando por ejemplo la protagonista dice, en el mismo espíritu de la propuesta de Ludmer: «No contestar es contestar, es demostrar que ha dado en el blanco y que estoy dispuesta a seguir recibiendo el tiroteo.» La narradora se adscribe a la mirada aguda del

entrelíneas, pero también ese silencio la desespera: «¿Por qué no cambiar de actitud, por qué no contestar con una sinceración que haga imposible ese juego de indirectas?»

Ante los niños tendemos a pensar en debilidad, dependencia, error, pero en la estrategia literaria es la voz de la niña —como en *Memorias de Leticia Valle*, enmarcado en los géneros menores de la autobiografía, las memorias, el cuaderno— la que guía relato y nos hace seguir embobados su interpretación de los hechos, sus introspecciones complejas, en las que denuncia que son los adultos los que no saben decir las cosas, no se atreven a nombrar los sentimientos: «Todo el mundo, todos más o menos, habrán sentido una cosa así, pero si la han sentido ¿por qué no hablan de ello? Claro que yo tampoco he hablado nunca, pero cuando los otros hablan, yo busco entre sus palabras algo que deje traslucir que lo conocen, y nunca lo encuentro [...] Hablan del amor de las madres, de cosas que hacen o que dejan de hacer, y yo siempre digo en mi fondo: el amor era aquello.»

Si bien se revela el inicio de la sensualidad en una preadolescente y lo que esto supone para ella y las relaciones con las personas que la rodean, en todo momento hay también una mirada crítica sobre el papel que ocupan las mujeres en la sociedad. Mujeres de alta sociedad que viven entre muchas casas y criadas, que se educan en los conventos de monjas, que conversan en sus salas mientras hacen bordado irlandés. Mujeres bastante relegadas a un mundo doméstico y de servicio a los demás. Chacel da un giro en el género de la víctima en la trama amorosa, asunto al que se le ha prestado poca atención. En la literatura abundan suicidios por amor o transgresión a los tabúes

protagonizados por mujeres; ahí están Madame Bovary, Anna Karerina, Ana Ozores. En la tradición literaria las mujeres mueren por amor, se vuelven locas, atentan contra su vida; acá es un hombre, un maestro adulto que no soporta el dolor y la humillación que significa haberse enamorado —y haber abusado— de una niña, su pupila. Pero al mismo tiempo el desenlace de la historia hace a Leticia una doble víctima, la vincula a una doble violencia.

Leticia Valle no está sola, se inscribe en una constelación de personajes niñas lúcidas y vulnerables, huérfanas de madre, que son el blanco de situaciones de agresión, como las protagonistas de *Juana Lucero* de Augusto D'Halmar, de *Hasta ya no ir* de la chilena Beatriz García Huidobro, de *Balún Canan* de Rosario Castellanos. El cuerpo de los niños, que siempre es un cuerpo en disputa entre el gobierno, la política, la salud pública, la religión, la educación y los padres, se hace más público en la medida en que más vulnerabilidad sufran (pobreza, género, orfandad, falta de un padre). Es un cuerpo que es de todos y de nadie.

En la producción española posterior a la Guerra Civil, *Memorias de Leticia Valle* estará junto a *Los niños tontos* de Ana María Matute, *El cuarto de atrás* de Carmen Martín Gaité, *Nada* de Carmen Laforet.

Es memorable el tenso duelo verbal final entre el padre de Leticia y don Daniel. La dialéctica de la confesión, el remordimiento, la humillación, el honor, la pulsión de muerte. El grito final «¡Es inaudito, es inaudito!» que abre y cierra el libro, para luego pasar a las disquisiciones post trauma de Leticia, unas reflexiones dominadas por el impacto y la culpa. Leticia Valle es víctima a su pesar, ha descubierto que provoca deseo, fascinación, pero también

dolor y horror. «Es algo a lo que no tengo derecho. Eso es lo que yo estaba queriendo decirte siempre. Yo no sabía decir que todo lo mío era inaudito. Pero procuraba dártelo a entender, y tú de todo decías que no tenía nada particular.»

Nosotros los lectores quedamos atrapados en las elipsis, señalados en nuestra ingenuidad, deletreando lo inaudito.

ANDREA JEFTANOVIC
Santiago de Chile, marzo de 2017

Memorias de Leticia Valle

El día 10 de marzo cumpliré doce años. No sé por qué, hace ya varios días que no puedo pensar en otra cosa. ¿Qué me importa cumplir doce años o cincuenta? Creo que pienso en ello porque, si no, ¿en qué voy a pensar?

En todo lo de antes no pienso, lo veo dentro de mí; cada uno de mis minutos es uno de aquéllos, pero pensar, cuando me pongo a pensar, sólo se me ocurre: el día 10 de marzo cumpliré doce años. Y es que, pensando, me pregunto: ¿qué va a suceder? Y no va a suceder nada. Solamente que seguirán pasando los días hasta que llegue el 10 de marzo, y ese día, sí, ya sé lo que pasará. Luego volverán a pasar otros sin nada más.

Cuando quiero decirme a mí misma algo de todo lo que sucedió, sólo se me ocurre la frase de mi padre: «¡Es inaudito, es inaudito!» Me parece verle en su rincón, metido en su butaca, cogiéndose la frente con la mano y repitiéndola, y yo, desde el mío, diciéndole sin decirle: «Eso es lo que yo estaba queriendo decirte siempre. Yo no sabía decir que todo lo mío era inaudito, pero procuraba dártelo a entender, y tú de todo decías que no tenía nada de particular. Claro que si ahora lo que ha pasado te parece inaudito es porque sigues creyendo que anteriormente nada tenía nada de particular.»

Pero ¿a qué conduce este discutir? Estamos muy lejos, como siempre estuvimos, con la diferencia de que ahora la distancia es una ventaja para mí: me aísla, es mi propiedad y no siento aquel deseo de explicaciones. Antes, cuando hablaba de mis cosas, era como pidiendo que me defendiesen de ellas. Ahora, las peores ya no me dan miedo: me atrevo a repetirlas aquí, las escribiré para que no se borren jamás en mi memoria. Y no por consolarme: necesito mirarme al espejo en ellas y verme rodeada de todas las cosas que he adorado, de todas las cosas de que me han separado, como si ellas me hubiesen hecho daño. Aquí ya no pueden quitármelas, ni ellas pueden irse; aquí serán como yo quiera, no pueden nada contra mí, como tampoco pueden estas otras que están de veras a mi alrededor; las veo, pero me niego a creerlas.

Con todo, me pasa lo que con la rama de hiedra que llega al marco de mi ventana. Cuando la miro de refilón y la veo asomarse al cristal, me parece una lagartija que va a escaparse si me acerco. Sin embargo, no es lo que parece; no puede huir ni estremecerse, aunque pegue en el cristal con los nudillos; pero a pesar de eso me gusta creer que es mi compañera. Su vida es tan lenta; aún más que las manecillas del reloj que tantas veces he pasado horas queriendo ver avanzar. Aquí es ella la que va a medir mi tiempo. Cuando la miro, como cuando la olvido o cuando duermo, ella va avanzando; ahora llega aproximadamente a la altura del nudo más grande de la madera y sé que para el diez de marzo habrá crecido un palmo o acaso más.

Menos aún no se notará lo que pueda crecer yo de aquí a entonces. Adriana me dice que muy pronto, pues ya estamos finalizando octubre, esas vertientes se cubrirán

de nieve y esquiaremos, que de un momento a otro llegará su profesor y daremos clase de música en el gabinete de su madre, que tengo que aprender de prisa el alemán para poder seguir los estudios con ella. No aprenderé el alemán, ni esquiaré, ni estudiaré nada. No iré por ese camino que me marcan, no seguiré a ese paso; iré en otro sentido, hacia arriba o hacia abajo, me escaparé por donde pueda y no se darán cuenta. Me verán todos los días con los pies quietos en el mismo sitio, pero no estaré aquí: iré hacia atrás; es lo único que puedo hacer. Esto ¿cómo van ellos a comprenderlo? No haré nada que sobresalga, no me verán mover ni una mano; volveré hacia dentro todas mis fuerzas, echaré a correr hacia atrás hasta quedarme sin aliento, hasta llegar al final, hasta perderme. Luego volveré hasta aquí y retrocederé otra vez.

No, aquí mismo no llegaré nunca. Me parece más fácil llegar hasta allá, hasta el principio. Todo lo demás, lo que está a la derecha o a la izquierda, puedo tomarlo o dejarlo, y no tomaré más que lo que verdaderamente quiera. No lo que quiera por capricho; lo que quiera con mi corazón, lo que quiera con ese querer que viene desde el principio; desde Dios, debe ser, porque Dios es principio y fin de todas las cosas. Aún no sé lo suficiente para pensar esto por cuenta propia y, sin embargo, hace ya mucho tiempo, cuando no sabía absolutamente nada, ya lo pensaba. Siempre lo sentí así. Cuando rezo, sobre todo cuando rezo a oscuras, cuando me vuelvo de cara a la pared en la cama y tanteo la oscuridad con los ojos y los giro en todos sentidos y no veo nada; hasta que no estoy convencida de que no veo nada, tampoco puedo pensar en nada. A veces llego a dudar si tengo los ojos abiertos o cerrados y me toco con

la punta del dedo, despacio, con mucho cuidado, como si fuese a sorprender a un ojo que no fuese mío; y cuando toco el ángulo del ojo entre las pestañas, y me convengo de que está abierto, entonces estoy segura de que no se ve nada y paso un momento de una angustia horrible, pero al fin puedo empezar a rezar el padrenuestro.

Tengo tal necesidad de pensar por cuenta propia, que cuando no puedo hacerlo, cuando tengo que conformarme con alguna opinión que no arranca de mí, la acojo con tanta indiferencia que parezco un ser sin sentimientos. Esto me atormenta más que nunca cuando quiero hacerme una idea de cómo sería mi madre. Cuando era pequeña, oía hablar de ella y me decía a mí misma: No, no era así, yo recuerdo otra cosa, pero ¿qué es lo que yo recordaba? Nada, claro, nada que se pueda decir ni siquiera oscuramente. La verdad es que nunca pude recordar cómo era mi madre, pero recuerdo que yo estaba con ella en la cama, debía de ser en el verano, y yo me despertaba y sentía que la piel de mi cara estaba enteramente pegada a su brazo, y la palma de mi mano pegada a su pecho. Por muchos años que pasen, no se me borrará este recuerdo, y puedo hundirme en él tan intensamente, sobre todo de un modo tan idéntico a cuando era realidad, que en vez de parecerme que cada vez lo miro más desde lejos me parece que, al contrario, algún día pasaré más allá de él. Ahora lo estudio, lo repaso; antes lo miraba, me pasaba horas contemplándolo.

Me parecía sentir precisamente un no sentir en algún sitio, un tener una parte mía como perdida, como ciega. Era como si estuviese pegada a algo que, aunque era igual que yo misma, era inmenso, era algo sin fin, algo tan grande, que sabía que no podría nunca recorrerlo entero,

y entonces, aunque aquella sensación era deliciosa, sentía un deseo enorme de hacerla cambiar de sitio, de salir de ella, y me agarraba, tiraba de mí misma desde no sé dónde y me despegaba al fin. Recuerdo el ruido ligerísimo que hacía mi piel al despegarse de la de ella, como el rasgar de un papel de seda sumamente fino. Recuerdo cómo me quedaba un poco en el aire al incorporarme, y seguramente entonces la miraba y ella me miraría. Sí, sé que me miraría, me sonreiría, me diría algo; de esto ya no me acuerdo.

Es raro: si recuerdo lo que sentía, ¿por qué no recuerdo lo que veía? Yo creo que debe de ser porque después he seguido viendo y viendo cosas; en cambio, no he sentido nunca más nada semejante a aquello.

Todo el mundo, todos más o menos, habrán sentido una cosa así, pero si la han sentido ¿por qué no hablan de ello? Claro que yo tampoco he hablado nunca, pero cuando los otros hablan yo busco entre sus palabras algo que deje traslucir que lo conocen. Y nunca lo encuentro. Se ve que no han empezado por ahí; hablan de otras cosas. Hablan del amor de las madres, de cosas que hacen o que dejan de hacer, y yo siempre digo en mi fondo: el amor era aquello.

Sí, después, otros han hecho también cosas por mí, todos me han querido, se han sacrificado, como dicen, pero aquello otro nada tiene que ver con esto. Esto, aunque debe de ser claro, ni lo entiendo ni quiero entenderlo. Aquello era como un agua, o como un cielo. ¡Se estaba tan bien allí! Y se quería salir para sentir mejor que se estaba.

Fuera de eso, no recuerdo nada bueno de aquellos años. Sólo la angustia de tener que aprender unas cosas para comprender otras, porque la gente, por lo regular, habla de un modo que al principio no sabe uno por dónde

guiarse. Tan pronto dan a las cosas más misteriosas una explicación tonta, tan pronto las envuelven, las disfrazan con un misterio odioso.

Cuatro o cinco años me pasé oyendo, sin comprender, que mi padre había ido a África a hacerse matar por los moros. Yo comparaba lo grave que me resultaba aquello con la naturalidad con que lo decían, y no acertaba a casar las medias. Entonces pensaba: o no es tan grave o es conveniente, y el no poder juzgar sobre esto no llegaba a inquietarme. Que mi padre quisiera morir, no me era imposible de comprender, pero que quisiera hacerse matar por los moros, ¿por qué? Además, ¿por qué lo decían con aquel misterio, con aquel dejo? Cuando yo preguntaba, era un alzarse de hombros, un mover de cabeza con lo que me respondían, y yo sentía vergüenza, no sé si por mi padre o si por mí, por no entender, por no dar en el quid de aquello que no querían explicarme. Llegaban los periódicos y yo miraba las caras de todos cuando leían las noticias y suspiraban con satisfacción porque no encontraban la que temíamos, pero después movían la cabeza como diciendo: nada, todavía no ha conseguido nada...

Yo vivía con la desazón de no entender aquello, y muchos ratos lo olvidaba, pero de pronto me venía a la cabeza y me sentía tan cerca, me parecía tan cierto ir a verlo claro de un momento a otro, que me ponía colorada. Pero entonces no era vergüenza, era emoción, era como si me asustase no sé de qué. Mi corazón daba un golpe terrible, se me extendía un calor por la frente que me nublaba los ojos, y aunque no conseguía ninguna idea clara ni nueva, sentía que había tocado la verdad. Lo que me repugnaba era precisamente la envoltura que le daban los otros y las

explicaciones, siempre las explicaciones, alrededor de mi padre y mi madre. Siempre aquellas sentencias: «cuando de veras se quiere a alguien, se hace esto y no esto; el amor no es así, sino de este otro modo». Y yo sin poder más que decir dentro de mí, con toda mi desesperación y todo mi asco: ¡imbéciles, el amor era aquello!

Afortunadamente, yo pasaba la mayor parte del tiempo con mi tía Aurelia, que era la menos aficionada a hablar. Vivíamos puede decirse que solas, pues el ama y las criadas quedaban perdidas en la parte interior de la casa, y no venía a vernos casi nadie. Mi profesora, unas temporadas venía muy puntualmente todas las mañanas, otras se estaba varios días sin aparecer. Tanto ella como el médico decían que yo sabía demasiado y que me convenía más pasear que estudiar. Mi pobre tía me sacaba a pasear todos los días, y siempre, antes o después de nuestro paseo, nos deteníamos en casa de mi abuela. Allí era donde había grandes conversaciones alrededor de la camilla. Las tías se entretenían en hacer encaje de Irlanda, calados de Tenerife: tenían la habitación inundada de cestillos y bastidores. Yo me asfixiaba allí, y uno de los recursos que tenía para salir pronto era preguntar a mi abuela si tenía algún encargo que hacernos. Ella lo tomaba como si yo tuviese mucho empeño en complacerla y reservaba los encargos delicados para nosotras. Había que comprarle siempre cosas únicas en sitios rarísimos, o gastar varias horas en la explicación de algo que mandaba hacer a la medida. Mi tía era la que hacía el encargo, pero al tomarlo era yo la que tenía que atender, porque confiaban en mi memoria prodigiosa.

Me gustaba sobre todo tener que ir a la farmacia, porque mi abuela tenía viejas recetas que acostumbraba a

tomar, y con todas sus exigencias y requisitos sólo querían servírselas en la farmacia militar. Allí íbamos mi tía y yo, y teníamos que esperar incalculablemente hasta que se podía coger solo al boticario y explicarle que la vez anterior había estado demasiado, o demasiado poco, cargado de cualquier cosa. Entre tanto, yo me paseaba por el pasaje donde estaba la farmacia.

Es maravilloso ese tiempo que se pasa esperando; parece que uno no está en sí mismo, que está haciendo algo para otro, y sin embargo se está tan libre.

Aquel pasaje, a la entrada de la calle del Obispo, se torcía en el medio para salir a la de la Sierpe, y en el ángulo que formaba había una rotonda con montera de cristales, que tenía cuatro estatuas representando las estaciones, y en medio una de Mercurio. ¡Qué luz caía sobre aquella pequeña plaza encerrada! A cualquier hora, en cualquier época del año, había allí una luz que le hacía a uno comprender. Yo, desde allí, comprendía, no sé por qué, la historia. La historia que no me gustaba estudiar en los libros desde allí me parecía algo divino. Dando vueltas entre aquellas estatuas, bajo aquella luz, yo pensaba según fuese el día. Cuando era en verano, poco antes de las doce, el sol era terrible, era irritante, trágico. Yo pensaba entonces en los gladiadores que morían en el circo de Roma. Veía sobre todo aquellos que caían al pisar la red, veía los cuerpos arrastrados por la arena, y también algo leído no sé dónde: dos que morían a un tiempo, atravesándose mutuamente con sus espadas. Bajo aquel sol, bajo aquella luz desgarradora, veía siempre aquella escena: dos hombres desnudos que se mataban uno a otro al mismo tiempo. Cuando era la hora de la siesta, pensaba en cosas de América, pensaba en colibríes, en

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel,
Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder

10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega

11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes

12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas

13. Tatiana Goransky
Los impecables

14. Andrea Jiftanovic
Destinos errantes

15. Federico Valenciano
Frontera con la nada

16. Constanza Ternicier
*La trayectoria de los aviones
en el aire*

17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos

18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle